

les permite no sólo florecer, sino también producir frutos.

La *palabra* y el *ejemplo* no pueden alcanzar sino un número de almas muy reducido; la *oración* llega á todas las almas; y por sí sola hace germinar *los buenos pensamientos y las buenas resoluciones*, y da el impulso que conduce hasta Dios.

La oración es esa *voz* que llama á Dios, que busca á Dios y á la cual Dios ha prometido responder y manifestarse; es aquella *fuerza* que llama á la puerta del corazón de Dios y á la cual Dios ha prometido responder y manifestarse; es aquella *fuerza* que llama á la puerta del corazón de Dios y á la cual Dios ha prometido abrir siempre.

Orad, pues, por la *salud de las almas*. Basta que por la mañana ofrezcáis generosamente á Dios, con ese objeto, vuestras preces, vuestro trabajo y vuestros sufrimientos.

No olvidéis que en Nazaret, Jesús obró la salud de los hombres con la misma eficacia que en el *Calvario*.

2º Consolar.

Jesús sabía consolar:

Con *su palabra* piadosa, dulce, sumisa y amante que, penetrando en el alma apenada y en el corazón ulcerado y resentido, era como un bálsamo que daba siempre algo de calma;

Con *su sonrisa* compasiva que, semejante á un ra-

yo de sol, hacía penetrar algo de alegría, y siempre á lo menos algo de resignación;

Algunas veces con *sus caricias*, cuando le parecía que eran útiles.

¡Oh María! ¡oh José! vosotros sois quien podríais decirnos, cuál fué el consuelo que os impartieran la palabra, la sonrisa y las caricias de Jesús, en aquellas horas en que Dios permitía que vuestra alma fuese envuelta como en una noche de tristeza.

Jamás, podemos decirlo, vió Jesús una lágrima, sin que tratara de enjugarla.

Jamás comprendió que un corazón estuviese afligido, sin que procurase devolverle la alegría.

Vosotros, niños, ¿no tenéis una multitud de ocasiones propicias para consolar, aun en vuestro círculo infantil?

Hay disgustos también para todas las edades y todas las condiciones;

Disgustos que vienen directamente de Dios, y entristecen el alma á fin de que se acerque á El, le pida mejor y le sirva con más fidelidad;

Disgustos que vienen de los padres ó de los maestros á quienes se ha desagradado, y han tenido que reprendernos;

Disgustos que vienen de los niños de nuestra edad con quienes mantenemos relaciones en el estudio ó en los juegos;

Disgustos más penosos y más dolorosos que vienen de las desgracias de nuestra familia, ó de *la se-*

paración que Dios permite, por el alejamiento forzoso ó por la muerte

¡Oh! sí, niños, sabed consolar con vuestras palabras, con vuestras lágrimas, con vuestra resignación, y con vuestra sumisión más completa y afectuosa.

3º *Aconsejar.*

Los *consejos* de un amigo de infancia, de un compañero de estudios ó de juegos, son algunas veces, más útiles que los de un maestro ó de un miembro de la familia.

Ese consejo dado con afecto, sin pretensión, y á veces sin que parezca que se da, no es considerado como *un reproche*; no humilla, no lastima; penetra suavemente, y rara vez se da sin provecho.

Si supiéseis todo el bien que podríais hacer con estas simples palabras: *Seamos juiciosos, — procuremos que nadie se enfade, — esto es penoso, — vamos á jugar juntos, — no seamos ya discolos.*

¡Cuántas veces las dijo Jesús á los niños de su edad!

¡Cuántas veces contuvo una murmuración, apaciguó un sentimiento de rebeldía, reprimió una palabra injuriosa y reconcilió dos corazones irritados!

¡Cuántas veces debió dar animación á las horas de recreo, evitando con éso muchas faltas!

4º *Corregir.*

Es la obra de misericordia más delicada y más difícil.

Nosotros somos susceptibles al menor procedimiento que nos lastime, pero lo somos más para aceptar *una advertencia*. Una *advertencia* demuestra que se conocen nuestros defectos, y nosotros queríamos pasar como seres sin debilidades.

La representación siempre es áspera, dice san Francisco de Sales; y ¡cuánta dulzura, cuánta amenidad y cuánta destreza exige para ser aceptada sin enojo!

Felizmente á vuestra edad, rara vez se tiene la *misión de reprender ó de hacer una advertencia*.

Benedicid á Dios por ello; y cuando os parezca que uno de los vuestros ha caído en una falta, rogad por él, y en lugar de mostrarle directamente su error, aconsejadle simplemente que ejecute un acto que, por sí mismo, repare lo que su conducta tenga de reprehensible.

¿Tuvo Jesús ocasión de *dar un consejo*? No lo sabemos, pero estamos seguros que, según el pensamiento feliz de san Francisco de Sales, *vertió la miel de la mansedumbre en el vino de su celo*, y que *su palabra no fué jamás amarga, sino siempre buena, siempre pacífica, y siempre compasiva*.

5º *Perdonar y soportar.*

Obra de misericordia de todos los días, y casi de todas las horas.

Tiene sobre todas las demás, el poder de perfeccionarnos y de santificarnos. Hace que reprimamos lo más fácil de excitar en nosotros: *la susceptibilidad y el amor propio*. Nos vuelve más indulgentes hacia los defectos, las extravagancias de carácter, y aun las faltas.

Jesús debió soportar más que cualquiera otro.

Su naturaleza más delicada le hacía sentir más vivamente *las faltas de consideración, las desatenciones en el modo de conducirse, la aspereza de las palabras, y la malignidad de las sonrisas*.

Y se conducía como si no comprendiese.

Y obraba como si no sintiese.

Y no paraba mientes en todas esas pequeñas bagatelas que se escapaban á la ignorancia, á la descortesía ó á la impetuosidad de carácter más bien que á la malicia.

Con esa *apariencia de ignorar*, apaciguaba, calmaba y reformaba; la ingenuidad y el buen talante son tan contagiosos como el mal humor.

Y ¡cuántas veces Jesús tuvo también que *perdonar!*

En torno suyo, en sus relaciones exteriores, encontraba, como cada uno de nosotros, espíritus *dís-*

gustadizos, celosos, descontentos de todo, y que se irritaban con la dicha de los demás; espíritus perversos que se complacían en criticar y en desaprobarlo todo. . . . si, cuántas veces el buen Salvador Jesús, dijo á su padre en el fondo de su alma: Perdonadles porque no saben lo que hacen. ¡Y cómo perdonaba con facilidad y con generosidad! El recuerdo de una injuria ó de una falta de respeto no dejaba ninguna huella en su corazón, y jamás, ni aun ligeramente, se resfriaba su caridad.

Niños, con las palabras de Jesús, conformad las vuestras. Ellas encierran la excusa del ofensor y el consuelo del ofendido. Ellas serán, ante Dios, la fuente de las más abundantes misericordias.

